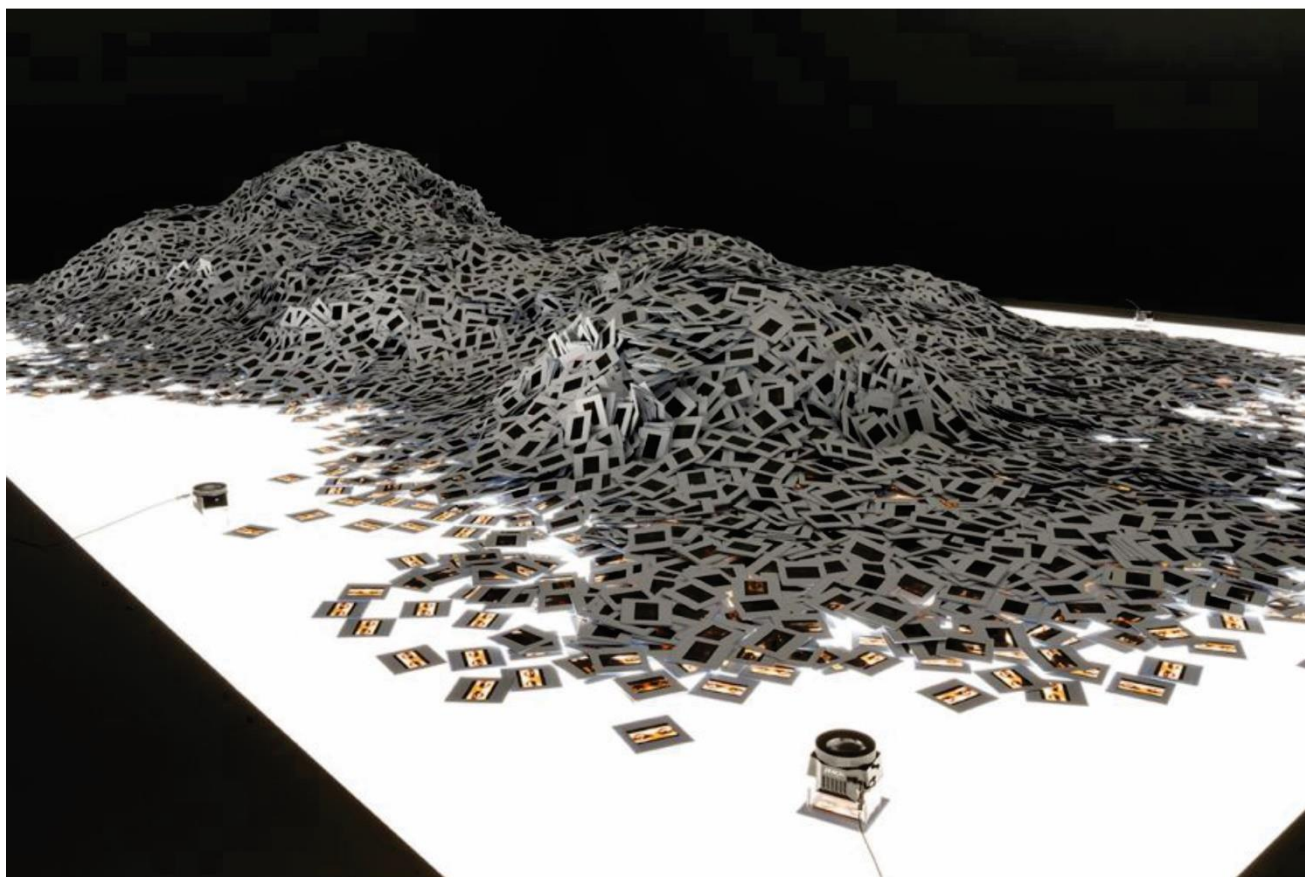


Hojas
Especulativas
nº 1



Sobre la crítica
José María Miranda Pérez

El Proyecto “Modos de Conocimiento, Giro Ontológico y Cosmopolíticas: etnografías comparadas” (MGC), dirigido por Francisco Pazzarelli y Gisela Vargas Ibarra, se desarrolló durante el período 2018-2022 gracias a un financiamiento de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba, y con el apoyo del Museo de Antropología-UNC y del Instituto de Antropología de Córdoba-CONICET, que albergaron nuestras actividades

El Laboratorio de Antropología Especulativa
es su desprendimiento más noble y nuestro futuro más promisorio.



Hojas especulativas es una colección de textos que divulga las actividades del proyecto MGC y ayuda a sentar las bases del nuevo Laboratorio.

Dirección de la colección: Francisco Pazzarelli

<https://antropologiaespeculativa.com.ar/>
www.instagram.com/antropologiaespeculativa/

ISSN: 3008-8496

Hojas Especulativas © 2022 by Laboratorio de Antropología Especulativa is licensed under CC BY-NC 4.0, Attribution-NonCommercial 4.0 International. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>



Sobre este número:

Este texto fue leído durante el encuentro “Reensamblando a Latour”, aquelarre dedicado al pensamiento del autor francés, organizado por el proyecto MGC, el día 31 de octubre de 2022, en el Museo de Antropología, de la Universidad Nacional de Córdoba.

Imagen de Tapa: Alfredo Jaar, The Rwanda Project, 1995. Photo credit: Dillon Marsh Zeitz MOCAA

Como citar esta publicación:

Miranda Pérez, José María. 2022. Sobre la crítica. *Hojas especulativas*, 1. Córdoba, Laboratorio de Antropología Especulativa.



I D A C O R

Sobre la crítica

José María Miranda Pérez

Instituto de Antropología de Córdoba, Becario CONICET

“De manera más general, el espíritu crítico es aquel que muestra las manos del hombre en todas partes de la obra, para demoler la santidad de la religión, la creencia en los fetiches, el culto a la trascendencia, los iconos enviados por los dioses, la fuerza de las ideologías. Cuanto más se ve el trabajo de la mano humana en determinada imagen, más disminuye la pretensión de esa imagen por transmitir la verdad. Los críticos vienen denunciando ininterrumpidamente, desde la antigüedad, las intenciones retorcidas de aquellos que buscan hacer creer que los otros creen en quiméricos fetiches. Para develar la falsedad, la astucia consiste siempre en mostrar la modestia de los orígenes de la obra, del manipulador, del autor de lo falso, del impostor detrás de la escena, agarrado con las manos en la masa. Lo mismo vale para la ciencia. Allí también, la objetividad se supone no hecha por la mano del hombre. Mostrar que interviene la mano en la fábrica humana de la ciencia implica correr el riesgo de ser acusado de mancillar la santidad de la objetividad, de arruinar la trascendencia, de prohibir toda pretensión de verdad, de reducir a cenizas la única fuente de luz que se puede tener. Consideremos iconoclastas a aquellos que hablan de hombres que trabajan –científicos en sus laboratorios–detrás o debajo de las imágenes que supervisan la objetividad científica. Aquí radica claramente la paradoja: venerar las imágenes que permiten a los científicos acceder a la verdad sería lo mismo que querer destruir la verdad científica. El único modo de defender a la ciencia contra la acusación de fabricación y de evitarle la etiqueta de “socialmente construida” es sostener que ninguna mano humana tocó jamás la imagen producida por la ciencia. Así, en los dos casos de la ciencia y la religión, cuando la mano se muestra trabajando, es siempre una mano con un martillo o una antorcha: siempre una mano destructora, crítica” (*Iconoclash*. 2009. Pág. 127-128).

Elegí este fragmento de *Iconoclash*, un texto que Latour escribió en 2002 como parte de su trabajo curatorial de una muestra de arte que reflexionaba sobre el vínculo entre imágenes, verdad y modernidad, porque resume uno de los puntos de su obra que más me ha afectado a lo largo de mi formación como antropólogo. Quizás, porque es un punto que también se conecta con mi anterior formación como artista plástico. Me refiero al lugar de la “crítica” en el pensamiento moderno, específicamente a la crítica de la “creencia”, la creencia de los otros en el caso de la antropología, y la creencia en el poder del arte, en el caso de la plástica. Si mi tránsito por ambos campos disciplinares tiene algo en común, es el uso de la crítica como horizonte práctico y moral. Una prueba de este fundamento compartido, es que mi primer acercamiento a los textos de Bourdieu, uno de los exponentes más influyentes del pensamiento crítico en ciencias sociales y más allá de estas, fue mientras todavía aprendía a mezclar los oleos en los talleres de pintura de la escuela de arte. Antes de dominar los oficios tradicionales del arte, ya sabía muy bien que si había algo ‘verdadero’ en el arte es que el arte es una ‘mentira’.

Una característica de la “exigencia crítica”, como advierte Latour, es la contradicción que supone para sus practicantes. En mi caso, esta exigencia supuso hacer arte al mismo tiempo que debía asegurarme de no creer en el arte, de criticar el arte. En otras palabras, de desencantar mi relación con la práctica lo suficiente para sepultar cualquier idea romántica de que la obra de arte era algo más que el resultado de las manos y el intelecto que la concibieron. O para ponerlo en términos latourianos, aprender a ser sensible al poder agentivo de los seres del arte y así crear, solo para después negar su papel, poder y sobre todo su existencia. Afirmar que en realidad siempre se trató de mi propia agencia, o ni siquiera, sino de la agencia de las fuerzas sociales, que a través de la “illusio” se reproducían a espaldas de mi voluntad y consciencia.

Al mudarme a la antropología me volví a encontrar con esta exigencia crítica, aunque esta vez el encuentro fue del primer tipo. Ya no era el del aspirante a artista que leía libros de sociología de forma autodidacta para aprender que el arte era una mentira, ahora era el estudiante de ciencias sociales que se vestía con los talismanes de la “vigilancia epistemológica”, listo para encontrar los intereses sociales detrás del discurso de mis objetos/sujetos de investigación; para reconducir todas esas agencias disparatadas que suelen aparecer en el campo sobre los rieles de lo social, suprema agencia detrás de todas las agencias; Incluso si esto significaba en algunas ocasiones ir a contrapelo de los que mis interlocutores enunciaban como verdades indiscutibles.

Qué puedo decir, el camino parecía definido, mi experiencia con la plástica solo había sido la preparación para mi uso certificado de la crítica por “LA” ciencia.

Sin embargo, el destino no se cumplió, por lo menos ese destino. Formarme en antropología también supuso encontrarme desde muy temprano con el trabajo de Bruno Latour. Un encuentro que marcó un desvío de ese camino que ya sentía ineludible. Con un tono didáctico y juguetón, característico de su particular forma de pensar y hacer pensar, Latour me enseñó un camino alternativo para las ciencias sociales. En vez de adscribir a los principios racionalistas de la vigilancia epistemológica, que suponía usar la ‘desconfianza’ como método de conocimiento, Latour se enfocaba en lo que efectivamente les practicantes de las ciencias decían y hacían en sus laboratorios, aprendiendo cómo los científicos y científicas aprendían a “instaurar” los hechos científicos junto a sus instrumentos, protocolos, financiamientos, políticas y multitud de no humanos. Y no para proclamar que detrás de las verdades científicas solo había “constructos sociales”, sino para mostrarnos que pensada desde el punto de vista de la práctica, otorgándoles el favor de la duda a nuestros interlocutores, la verdad se transformaba en una cuestión totalmente diferente; una cuestión que necesitaba pasar por un proceso de “instauración” para ser, justamente, una verdad. Con el uso de este verbo, “instaurar”, estoy recuperando la bella noción del filósofo francés Étienne Souriau, que describe la necesidad de las existencias de pasar por otras existencias para volverse más reales, para adquirir más presencia, para “instaurarse”. Una idea que cruza todo el pensamiento de Bruno Latour:

“¿Y si la mano fuese de hecho indispensable para la aprensión de la verdad, para la producción de la objetividad, para la fabricación de las divinidades? ¿Qué pasaría si el hecho de afirmar que tal imagen hecha por la mano del hombre aumentase en lugar de disminuir la pretensión de verdad? Sería la muerte del estado de espíritu crítico, el fin del antifetichismo. Contrariamente a la exigencia crítica, podría afirmarse que cuanto más se muestre el trabajo humano, mejor es la aprensión de la realidad, de la santidad, de la adoración. Que cuanto más se multiplican las imágenes, las mediaciones, los intermediarios, los iconos, cuanto más se los fabrica abiertamente, más se los construye explícita y públicamente, más respeto se tiene por sus capacidades de recibir, reunir y recoger la verdad y la santidad. Tal como nos enseña grandiosamente Mick Taussig, cuanto más se revelan las astucias necesarias para convocar a los dioses en el curso de la iniciación, más fuerte es la certidumbre de la presencia de las divinidades. Lejos de privar de todo acceso a los seres trascendentes, la revelación de la labor humana y de sus astucias debe afianzar ese acceso.” (*Iconoclash*. 2009. Pág. 129).

Estas palabras fueron y todavía son una especie de antídoto que me administro cuando siento que el veneno de la crítica está por apoderarse de mí. Digo esto teniendo en cuenta que, como afirman algunos filósofos occidentales y muchos saberes indígenas, la diferencia entre el remedio y el veneno descansa en la dosis y en los contextos de aplicación más que en la esencia de los elementos utilizados. Digamos, que con Latour pude por primera vez poner en perspectiva, si se quiere “dosificar”, la exigencia moderna de desencantar el mundo en nombre del desenmascaramiento de las “manos del hombre”. Fue la posibilidad de pensar la relación entre el hacer y la verdad de una forma totalmente distinta.

Para mi sorpresa, este acercamiento, aseguraba Latour, no tenía nada de novedoso, solo replicaba lo que les antropólogos habían hecho durante años en sus investigaciones con los llamados pueblos no-modernos en las sociedades autodenominadas modernas. Para él la diferencia entre la ciencia, la religión y el arte de las modernidades occidentalizadas y las prácticas tradicionales, aquellas que la antropología se dedicó por mucho tiempo a recoger y a partir de las cuales elaboró buena parte de su pensamiento, era que las primeras negaban de forma compulsiva lo que las segundas no dejaban de explicitar públicamente: que sin la intervención de las agencias no-humanas ninguna verdad es posible. Por eso, para Latour la antropología es entre todas las prácticas de conocimiento modernas, la más adecuada para brindarnos una noción de “verdad” que dé cuenta de sus múltiples regímenes de composición. Siempre y cuando no se deje capturar el fantasma de la crítica:

“¿Dónde quedaría la antropología si ella intentará imitar no la pureza de lo que imagina en las ciencias naturales, sino la productividad real de esas disciplinas -encarnadas en las agencias nuevas que movilizan? Jamás se adivinará en base a la discusión actual que la antropología suscitó, movilizó, almacenó, documentó, archivó, compiló, teorizó, montó y modeló más hechos y nuevas agencias que muchas de las disciplinas supuestamente más “naturales”, “rigurosas” o “científicas. La descripción del kula está en paridad con la de los agujeros negros. Los sistemas complejos de alianzas sociales son tan imaginativos como los escenarios evolutivos complejos diseñados para los genes egoístas. Entender la teología de los aborígenes australianos es tan importante como mapear las grandes grietas submarinas. El sistema de tierras trobriandes es un objetivo científico tan interesante como la perforación de los casquetes polares. Si hablamos de lo que importa en una definición de una ciencia -la innovación en las agencias que mueven nuestro mundo -la antropología puede estar cerca de la

cima en el orden de la jerarquía disciplinaria.” (*No es la cuestión*. 1996).

De pronto, la crítica en la que me había formado desde tan temprano se transformó en otra cosa. Latour me invitó a abandonar la desconfianza y la sospecha como instrumentos indiscutibles de conocimiento, sugiriendo, por el contrario, el cultivo de la atención sensible y la curiosidad intelectual hacía las diversas formas en que los otros constituyen sus verdades. Cabe aclarar, que para Latour pensar de esta forma nunca significó negar el poder epistemológico de la crítica, sino dosificarla, curarnos de un exceso que se convirtió en pernicioso. En sus palabras:

“Necesitamos una revisión del espíritu crítico, una pausa en la crítica, una meditación sobre el deseo de desmitificar, de asignar demasiado pronto a los otros una creencia ingenua. Los adeptos no son estúpidos. No es que la crítica ya no sea útil, es que últimamente se volvió demasiado barata. Podría decirse, no sin ironía, que hubo una especie de miniaturización del esfuerzo crítico: lo que, en siglos pasados, había exigido considerables esfuerzos de un Marx, de un Nietzsche o de un Benjamín, se volvió tan accesible como las supercomputadoras, que, en los años 1950, ocupaba halls enteros, gastaban una cantidad considerable de electricidad y calor, y que ahora son del tamaño de una uña y no cuestan nada. Podemos procurarnos una desilusión baudrillardiana o bourdieusiana por prácticamente nada, una deconstrucción derridiana por veinte centavos. No cuesta nada producir teorías del complot, la incredulidad es fácil, la desmitificación se enseña en la facultad. Como lo proclamaban los anuncios de una reciente película hollywoodense: “todo es sospechoso... todo se vende... ¡Y nada es verdad!” (*Iconoclash*. 2009. Pág. 143-144).

Esta cita, terriblemente actual, pone sobre la mesa otro de los efectos de la crítica, uno no buscado por ella y que sin embargo se alimenta de sus fundamentos: la “posverdad”, esta especie de epistemología híper moderna y capitalista de que si nada es verdad, entonces todo puede ser verdad, especialmente *mi* verdad... como advierte Latour, esta negación de cuestiones que parecen indiscutibles, que nos golpean en la cara con su objetividad (pensemos en el covid19 y los movimientos negacionistas), es resultado de la incapacidad de pensar la verdad más allá de la crítica; de afirmar que la relación de la verdad con las “agencias” y “mediadores” que la hacen posible solo puede ser expresión de su falsedad. Por eso, para Latour es fundamental ensayar un pensamiento que vuelva a poner en ‘conexión’ las verdades

(científicas, artísticas, culturales, las que quieran) con las múltiples agencias que hacen posible el proceso de su instauración, agencias que en la mayoría de los casos superan ampliamente las nuestras. Esta sería la vía para reaprender a recibir, respetar y sobre todo cuidar nuestras verdades y la de los otros, conscientes de la riqueza de sus composiciones y también de su inherente fragilidad. Un (contra)talismán que nos permita conjurar el hechizo de irresponsabilidad insensible al que nos ha conducido el camino de la crítica.

Solo para terminar, quiero decir que esta postura epistemológica de que la palabra del otro no oculta una representación falsa o errónea de la verdad, sino que nos revela como es instaurada, es lo que le da todo el sentido y poder disruptivo al proyecto de una “antropología simétrica”. Una antropología capaz de poner en pie de igualdad las diferentes formas de creatividad humana y no-humana que producen los mundos que habitamos nosotros y los otros. Mundos poblados de sus propios regímenes de verdad, regímenes que los fundamentan y les permiten existir día a día.

La verdad como verdad instaurada, hecha en relación y composición con los otros, humanos y no humanos, ha sido para mí una de las grandes lecciones del pensamiento de Latour. Una lección que para ser honestos, va mucho más allá de mi interés en la antropología y que me interpela como persona, persona inmersa en un tiempo difícil de transitar.



Hojas Especulativas, n° 1.
Laboratorio de Antropología Especulativa
Córdoba, Argentina.



I D A C O R